Aínus

yulien Núñez

Capítulo 1

Prólogo.

Los gritos dolorosos de una mujer empezaron a rasgar la media noche. El palacio despertó bajo la impresión de que algo extraordinario estaba sucediendo.

El Rey Gerard a quien no le gustaba ser molestado cuando dormía abrió los ojos mal humorado.

Un nuevo alarido hizo que se levantara de un salto. Los gritos provenían de la habitación de su hija al final del pasillo. No habían más habitaciones en esa torre.

Presa de una congoja en aumento con los pies descalzos y una simple bata de seda sobre su cuerpo echó a correr por el corredor. La alta puerta de nogal estaba cerrada.

Aporreó con los puños la madera liza que sonaba hueca como fondo de ataúd mientras gritaba el nombre de su hija. Le pareció una eternidad el minuto que tardó en abrirle la doncella negra.

Los gritos habían cesado. La princesa mostró su rostro detrás de la sirviente con una sonrisa un poco forzada.

— Puedes irte papá. Ya ves que estoy bien.

Un poco sorprendido y amoscado se retiraba a su habitación cuando un último grito desgarrador y el llanto agudo de una criatura irrumpió en sus oídos.

— ¿ Qué diablos sucede aquí?; masculló apartando a la sirvienta de un empujón y entrando de lleno en la pieza.

Sobre la cama. El duque con los cabellos en desorden y el rostro sudoroso por el esfuerzo sostenía un bebé recién nacido que le había pasado la partera.

Llegó a oír las palabras de la comadrona cuando se acercó a la princesa Zury para informarle.

— Felicidades alteza. Su esposa a dado a luz un varón.

El por qué se habían solicitado en secreto los servicios de una partera extranjera. La visión de su yerno que había dado a luz una criatura y su hija vestida de príncipe conmocionaron al rey.

¿ Lo que sucedió después? Eso os lo contaré más adelante? Ahí les va la historia.

Capítulo I La huída

Hacía tiempo que los padres de Aínus no la miraban con buenos ojos. Su comportamiento varonil era bastante acentuado lo que había levantado sospechas sobre la moral de la noble familia ya puesta en entredicho tantas veces.En ocasiones la habían observado espiando a las mujeres del haren.

Otras veces se atrevió a tocarlas. Le gustaban mucho los pechos firmes de oscuros pezones que acariciaba mientras aspiraba el perfume costoso y delicado con el que cubrian sus hermosos cuerpos.

Su madre la condesa pactó en secreto con un vendedor de esclavos del imperio Tancros para deshacerse de la niña que tenía escasos 16 años y una belleza que una reina envidiaría.

Su padre la odiaba. Solía golpearla y castigarla dejándola dormir a la intemperie.

— Eres una vergüenza— Le decía tomándola por los rubios cabellos— Debiste haber muerto en el vientre de tu madre.

La joven nada le respondía. Pero en su alma se encendía un odio profundo por todo y por todos. Esa noche cansada de tanto maltrato decidió huir. Sin saber que con esa decisión frustraba los planes de su desnaturalizada madre.

Tomó un hatillo con ropas y salió a escondidas por la puerta principal. Iba caminando sin rumbo. Sólo era una niña incomprendida que no conocía el mundo fuera de las grandes murallas del palacio de Kontak.

La madre subió a su habitación a media noche. El padre que la acompañaba llevaba en sus manos un hierro candente con el que pensaba borrar el tatuaje de la casa Kontak que la adolescente tenía sobre el hombro derecho. Esta marca que sólo llevaban los primogénitos la convertían en la legítima condesa del clan.

Al no encontrarla la familia montó en cólera y enviaron varios soldados en su búsqueda. Pero la pequeña parecía haber desaparecido de la faz de la

tierra.

— Tal vez sea mejor así mujer— Comentó el padre.— El mundo fuera de estas murallas es caótico no sobrevivirá.

Realmente eran malos tiempos. Abundaban los ladrones en los caminos y bandas armadas eran enviadas por el rey Gerard para limpiar los bosques y las carreteras principales. Pero nada parecía detener el auge del bandidaje. Cada vez eran más los que se dedicaban a la lucrativa tarea.

En manos de una de esas peligrosas pandillas de asesinos cayó Aínus mientras huía.

Con frío y envuelta en la oscuridad de la noche la encontraron los hombres de Oseas. Un bandido que azotaba la región dejando cadáveres por donde pasaba. Un edicto real prometía una jugosa recompensa al que entregara su cabeza.

Sin embargo granjeros y comerciantes odiaban al rey y sus nobles que los obligaban a pagar enormes impuestos. Muchas veces sufrían hambre cuando las cosechas no eran suficientemente buenas. Los que no podían pagar el tributo eran echados a la cárcel o sufrían de esclavitud por deudas junto a sus familias.

Estos bandidos aunque crueles solo atacaban a la nobleza y de vez en cuando algún rico comerciante caía en sus garras.

Sorprendidos con el hallazgo. Llevaron a Aínus ante el cabecilla que intentó hacerla hablar de mil formas sin lograrlo.

Pronto llegó uno de sus hombres para informarle que la joven condesa de Kontak había desaparecido. Por lo tanto aquella adolescente de ricas vestiduras solo podía ser la hija del conde.

Encendido por el alcohol y el odio recordó a su familia. Ese día nunca se borraría de su memoria.

La cosecha había sido mala aquel año. Su padre un granjero humilde no tenía suficiente dinero para pagar el alto impuesto que exigían los señores de Kontak.

El conde conocido por su lascivia lo afrentó delante de sus hijos al proponerle que pagara con el honor de su esposa . Una noche en su harén y le perdonaría la deuda.

Su progenitor se negó a consentir a la indecente proposición del conde acusándolo de hombre sin honor. Pero el noble estaba acostumbrado a

hacer su voluntad.

Al otro día el granjero viajó a la ciudad que se encontraba a un día de camino. Necesitaba la ayuda de un amigo que tenía una herrería para pagar el impuesto en metálico que debía. Los soldados apostados en las inmediaciones de la vivienda del pobre jornalero avisaron el conde.

Una hora después Atos de Kontak se apareció en la humilde casa del granjero con varios de sus hombres.

— Vengo a cobrar la deuda mujer. Sé buena.

Mandó sacar de la casa a los hijos mayores con violencia.

Ana se percató de que el monstruo no había ido solo a cobrar la deuda sino a asesinarlos por la negativa de su esposo al ponerlo en ridículo ante los cobradores de impuestos.

—No cederé a tus pretensiones. Puedes esperar que regrese mi esposo si tanto quieres el dinero.— Respondió la mujer resignada con su amarga suerte.

— ¿Eso crees?— Le preguntó el conde con voz sorda— Si no accedes sobre tu cabeza caerá la sangre de tu prole y reduciré tu casa a cenizas.

La mujer supo que aunque le entregara su honor sus hijos estaban condenados. El señor de Kontak no olvidaría la afrenta de ser llamado hombre sin honor. Se mantuvo en su negativa para no traer más vergüenza a su hogar.

El desalmado salió a dar la orden para la ejecución de los niños de trece, catorce y quince años. Momento que aprovechó la madre para pedirle a su hijo menor que hiciera silencio y se mantuviera escondido. No importa lo que pasara el debía sobrevivir.

La madre gritó de dolor al escuchar los gritos de agonía de sus amados hijos atravesados por las lanzas de los soldados del señor de Kontak. Se había armado con un afilado cuchillo.

El conde rió al entrar y verla amenazándolo con el utensilio de cocina.

— Que puedes hacer contra mí. Pobre mujer acepta tu destino. Todos morirán.

— Claro que moriremos— contestó la mujer — Pero lo haremos con honor.

Acto seguido se clavó el cuchillo en el corazón.

El niño que observaba sobre la estufa apenas pudo mitigar un ahogado grito mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

El depravado conde no esperaba aquel desenlace. Sin embargo le contestó a la mujer que ya tenía los colores de la muerte.

— No me importa si estas viva o muerta. Irás a la tumba sabiendo que has sido mía.

Tiró el cuerpo agonizante sobre el suelo de arcilla. Le subió las faldas y la penetró con su enorme miembro. Todo el tiempo sujetó con su mano derecha el cuchillo clavado en el corazón de Ana. La poseyó con verdadera lujuria durante varios minutos.

Todavía estaba viva cuando el despreciable hombre se derramó dentro de ella.

— ¿Sabes por qué no dejé de sujetar el cuchillo? Para que no murieras desangrada tan pronto. Quería que me sintieras dentro de ti. No puedes engañarme— le dijo al oído tan bajito que sólo ella lo escuchó. He sentido cuando te vaciaste y la sangre que salía a borbotones de tu herida me lo confirmó. No te llevarás ese secreto a la tumba.

Pero Ana ya se había ido.

Al ver Oseas delante de sí a la hija del hombre que había destruido a su familia. Se volvió como loco.

Recordó que su padre se había suicidado ahorcándose de un madero en el huerto después de enterrar a su mujer y sus hijos mayores.

Había mirado a su hijo pequeño diciéndole

— No olvides la desgracia de tu familia. Conviértete en un hombre de bien.

Pero él se había convertido en un monstruo.

Le dijo a sus hombres que lo dejaran a solas con la jovencita. Varias sonrisas lascivas lo observaron. Carroñas humanas envidiando la suerte del jefe.

Apenas solos le dio de bofetadas hasta hacerla sangrar. El recuerdo de su madre lo convertía en un demente.

— Ya verás zorra —Le susurraba al oído. —Me pagarás con creces lo que tu padre le hizo a mi familia.

Le ató las manos al frente y le introdujo una pequeña pelota echa de pieles en la boca. Luego se la amarró con un pañuelo. Esto eliminó cualquier sonido pudiera emitir la chica.

De una fuerte patada la tiró sobre el lecho de piel de cabras. Poniendo sus manos atadas a ambos lados de la cabeza. Con su afilado cuchillo rasgó las vestiduras dejando al descubierto el hermoso cuerpo de mujer que empezaba a despuntar.

Las lágrimas corrían por el rostro de Aínus que tenía mucho dolor por los golpes recibidos.

El hombre bebido se desnudó mostrándole una verga descomunal gruesa, larga y roja.

— ¿Ves esto? Sabes lo que haré con esto— Le decía mientras se la restregaba por el rostro.

Ella nunca había visto algo así. De hecho no sabía que los hombres la tuvieran. Sus padres la habían criado en la más perfecta ignorancia respecto al sexo. Por su mente pasó una infantil pregunta ¿Donde esconderían aquello y para qué lo usaban?.

Aínus sintió su aliento desagradable mientras Oseas se inclinaba sobre ella para lamer sus incipientes senos. Aquel contacto le desagradó y lo empujó con las rodillas.

— Quieres pelear eh?

Abrió sus piernas con rudeza atando cada una por los tobillos con un pedazo de cuero elástico a un pilar que había a ambos lados de la cama.

En esta incómoda posición quedaba abierta frente al hombre que se metió entre sus piernas para volver a lamer sus pechos.

Mientras el hombre chupaba sus pezones cada vez más fuerte y respirando cómo un animal. La adolescente sintió la enorme cabeza de la verga apoyada en su vagina. Intentó moverse para evitar aquel contacto.

Oseas le susurraba —no te muevas

Pero ella no quería sentir eso que le molestaba e intentó salir de ahí. Sus movimientos terminaron por excitar más al hombre que la penetró con

rabia.

La enorme cabeza junto con medio pene entraron en la pequeña vagina. Lo que tenía dentro de la boca mitigó el agudo grito. Las venas de sus sienes estaban al reventar del dolor que sentía. Quedó inmóvil.

— Vamos muévete ahora— Le susurraba el hombre

El sádico disfrutaba del daño que estaba causando. Las piernas de la jovencita temblaban y estaba a punto de desmayarse.

Le desató las manos obligándola a palpar el miembro.

— Te falta todo eso todavía.

Ella movió la cabeza hacia todos lados buscando una ayuda que no llegaba. En medio de su miedo intentó quitárselo de encima con sus escasas fuerzas.

Entonces el bruto se aferró a ella. Se clavó en su cuerpo tan profundamente que no quedó nada de su exuberante masculinidad sin penetrar a la víctima.

La pequeña se desmayó. Eso no detuvo al agresor que se ensañó con el delicado cuerpo tal como el conde había hecho con el de su madre.

No quería terminar así. Quería más. La puso boca abajo y se acostó sobre ella cual largo era. Le abrió las pequeñas nalgas por donde introdujo el monstruoso pene desgarrando el ano.

Le había quitado la venda de los labios y ahora disfrutaba de sus entrecortados gritos. Ella había vuelto en si sólo para comprobar que había más dolor del que hubiera podido imaginar. Cuando la vio vencida y ensangrentada se derramó dentro de ella.

Después se quedó dormido bajo la influencia del alcohol.

Eso era lo que esperaban tres de sus secuaces que lo habían visto todo a través de agujeros que hicieron en la tienda con sus cuchillos. Sabían que el hombre era peso muerto cuando bebía.

— Es nuestra oportunidad. Llevémosla fuera.

No— dijo otro— si la llevamos fuera nos verán. El jefe no despertará. Aprovechemos la oportunidad.

Había una suave penumbra allí dentro. Se escuchaban los ronquidos de

Oseas. Al ver a los tres hombres Aínus pensó que había llegado ayuda.

Pero cuando los vio desnudarse y mostrar los enormes falos. Empezó a llorar de desesperación.

Uno de los brutos le dijo— no llores. Si aguantaste aquel. Puedes disfrutar este también.

Los tres se le abalanzaron encima. Manoseándola, chupando sus pezones. Dos la sujetaron mientras el más viejo que tenía un horrible verga llena de manchas y más gruesa que Oseas la penetraba haciéndola emitir quejidos dolorosos.

Se turnaron toda la noche. Su vagina y ano se habían hinchado tanto que sus pliegues colgaban desfigurados y quemados por la fricción. Su cuerpo estaba cubierto de moretones y semen.

Cuando Oseas la vio en la mañana se percató de lo que había sucedido.

— Parece que te divertiste mientras yo dormía.

Rió largo rato. Después envió a sus mejores hombres a que la dejaran en el camino. Los mismos que la habían violado la noche anterior.

— Que la encuentren...

No había terminado de hablar cuando su cuerpo fue traspasado por una veintena de flechas. El General Zair había localizado el refugio de los bandidos exterminándolos en pocos minutos.

Uno de los soldados encontró a la adolescente. Envolviéndola en una manta la llevó ante el general.

— Está en muy mal estado señor. Parece haber sido violada por muchos hombres. Quizás no sobreviva.

El general se apiadó de la chica. Había tenido una hija pero había muerto unos años atrás. Ordenó que fuese llevada a su palacio. Necesitaba cuidados médicos con urgencia.

Le acarició el cabello mientras susurraba en su oído.— No te rindas hija.¡ Lucha!

Y ella lo escuchó.

Capítulo 2 El castillo de Torfil

Había perdido a su propia hija hacía algunos años cuando una terrible epidemia asoló la región. Creyeron que había sido culpa de las brujas que vivían en el bosque.

El rey Gerard y la iglesia a la que servían habían decretado que fueran capturadas y quemadas en la hoguera. Cientos de mujeres fueron juzgadas por brujería y condenadas.

Ver sus cuerpos retorciéndose en el fuego mientras sus gritos de dolor se opacaban ante la muchedumbre enfurecida.

— ¡Que ardan! ¡Quemen a esas malditas brujas!

Decían mientras les arrojaban piedras y escupían. Todos los presentes en la ejecución habían perdido un ser querido. Era el dolor de la pérdida lo que hacía brotar de aquellas almas rotas aquel comportamiento inhumano.

Nada de eso calmó en Zair el dolor por la pérdida de su única hija. El recuerdo le oprimía el alma.

Cuando encontró a la muchacha herida su instinto paterno se despertó. Sintió la necesidad de ayudar a aquella criatura desvalida que apenas respiraba.

Ahora en el lecho de muerte rezaba para que la parca no pudiera cortar el pequeño hilo que la sujetaba a la vida.

Los cuidados y el amor dieron su fruto. La chica entró en convalecencia y a los dos meses había recuperado la belleza y el color.

Solía ir al patio donde su padre adoptivo practicaba el manejo de las armas. A escondidas se hacía con la espada e imitaba los movimientos que había observado con precisión matemática.

Al percatarse Zair decidió entrenarla personalmente. Pronto descubrió el talento innato de la chica en el manejo de la espada, el arco y la lanza.

Su cuerpo esbelto parecía frágil pero tenía la solidez del acero.

Pronto descubrió las miradas que la chica echaba sobre sus concubinas. Al contrario de sus padres se sentó con ella y le explicó

— Hija. Ese tipo de comportamiento está vedado por la iglesia. Hipócritamente los nobles fingen cumplir esas reglas pero en realidad muchos de ellos cohabitan hombres con hombres y mujeres con mujeres.

Incluso los sacerdotes. Esos son los más hipócritas.

Claramente te atraen las mujeres. Pero por tu propio bien tienes que aprender a ocultar esos sentimientos ante los demás.

Sé que te sientes como chico y yo necesito un heredero. Muchas familias tienen secretos. Como hija no podrás acompañarme a la guerra ni usar armas. Como hijo tendrás acceso a todo lo que desea tu corazón.

Aínus con el corazón agitado le preguntó

— ¿Puedo convertirme en un chico?

— Solo en apariencia. Tampoco soy un mago.— contestó el viejo general guiñando los ojos con picardía.

Con alegría dejó que la fiel sirviente etíope que había velado por ella durante su enfermedad le cortara un poco las puntas del cabello y tejiera algunas trencillas que adornó con zafiros. Los chicos nobles de la ciudad solían arreglárselo muy bien para mostrar el lujo de la casa a la que pertenecían

Después tomaron le tomaron las medidas para que el sastre hiciera los vestidos del nuevo heredero de Torfil.

Ya compuesto se presentó ante su padre. Nadie podría descubrir el secreto que se escondía bajo el atuendo del apuesto caballero que había entrado en la sala donde habían varios nobles de alto rango reunidos.

Cohibido por encontrar personas allí saludó con respeto y pidió permiso para retirarse. El duque de Oren lo detuvo con un ademán y le pidió al general que le dijera quien era el chico que acababa de entrar.

Con el mayor desparpajo el señor de Torfil le contestó que se llamaba Arak. Era su hijo natural concebido por una concubina quien desafortunadamente había muerto al dar a luz.

Luego de haberlo enviado a preparase en materias estratégicas con sus oficiales y constatar que había heredado los méritos de la familia acababa de reconocerlo como legítimo heredero.

La noticia conmocionó a todos los presentes.

— Dios ha tenido piedad de tus buenas obras general — dijo el obispo que también estaba en la sala. Lo he observado bien. Tiene tu porte y la misma mirada orgullosa. Espero que su espada esté tan afilada como el brillo de esos ojos. Te confieso que me causan un extraño sentimiento que

no puedo explicar.

Poco minutos después fue anunciado el conde de Kontak. Zair no dejó de notar la mirada de odio y miedo que cruzó la mirada de Arak. El miedo duró un instante. El odio se hizo tan profundo que los ojos grises del chico parecían anunciar tormenta.

Desapercibidamente Zair se acercó a su hijo y le puso una mano sobre los hombros calmando su ansiedad.

— Hace mucho que no me haces el honor de tu visita hermano mío— dijo dirigiéndose al recién llegado—¿ Cómo está la familia?¿ A qué debo el honor de tu visita?

Obviamente las relaciones entre ambos no eran nada cordiales. La frialdad en las palabras del duque lo demostraba claramente.

Fingiendo un dolor que no sentía el conde le contó sobre el secuestro de su amada hija. Mientras se quejaba de no haber sido invitado a la reunión donde tan altos dignatarios asistían.

— Nunca más he sabido de ella.— Finalizó.— Temo que los bandidos la hallan asesinado. Pero con la gracia de Dios me queda un hijo y debo velar por su futuro.

He venido para que lo nombres tu heredero. Somos tu única familia y ya estas mayor. Además es el mejor guerrero de la región— miró a todos los presentes con solapado desprecio mientras esperaba la respuesta a su requerimiento.

El horrible drama tras la oscura historia de la chica se había develado en su mayor parte ante los asombrados ojos de Zair. Era el llamado de la sangre lo que lo había impelido a luchar por la vida de la muchacha cuando la encontró herida en el camino. No le cabía la menor duda que la joven que había adoptado como hijo era su sobrina la bella Aínus.

Conocía muy bien la soberbia y ambición de su hermano Atos. La mayoría de sus conocidos lo despreciaban en silencio. Pero le temían debido a su increíble habilidad en el combate cuerpo a cuerpo. Era un temible oponente. Ninguno se arriesgaría a ser retado a duelo por aquel monstruo del que se decía no tenía escrúpulos ni honor y cuya vida estaba manchada por el crimen y los vicios.

El único que estaba aparentemente fuera de sus garras era el Obispo cuya religión le impedía tomar las armas y era consejero personal del rey.

Con mucho gusto el representante de la iglesia le contestó por Zair.

— Me temo que lo que viene a demandar no podrá ser mi querido conde. Precisamente hoy hemos dado la bienvenida al hijo legítimo de tu hermano el duque. Arak ya ha sido nombrado sucesor y heredero de Torfil.

El aludido se presentó haciendo una elegante reverencia mientras clavaba su fría mirada en el duque.

— Celebro que le agraden mi título y posición señor de Kontak— le dijo mientras se inclinaba graciosamente— Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para tan distinguido pariente.

Recalcó las palabras mi casa. Lo que no pasó desapercibido para el conde y los demás nobles presentes.

— Irrespetuoso joven te haré poner más respeto en tus palabras— Rugió el conde llevando la mano a la empuñadura de su espada.

Momento que aprovechó el duque para intervenir.

— ¿ Cómo te atreves a amenazar a mi hijo bajo mi propio techo?¿ A caso crees que permitiré tamaña afrenta a mi honor hermano?

El conde se disculpó mostrando los colmillos cual fiera herida.

— Lo siento mucho hermano. La muerte de mi hija me tiene el ánimo exacerbado. Felicidades por el hijo que has tenido bien escondido todo este tiempo. Espero verlo participar en las justas de octubre. Así nos demostrará que su espada es tan rápida como su lengua.

— Así será hermano. En cuanto a tenerlo escondido mis razones tenía. Han habido muchos asesinatos y envenenamientos en los últimos años. Era la única forma de mantener a mi heredero con vida— respondió el general mirándolo significativamente.

— No sabes cuantas veces he encontrado veneno en mi bebida y comida. He perdido muchos de mis esclavos más valiosos en el proceso de catar mis alimentos.

La respuesta directa y concisa puso los bellos de punta a más de uno de los participantes en la reunión. Pero el cruel conde ni se inmutó. Respondió con voz pausada poniendo los ojos en el obispo.

— Tienes razón hermano. Son tiempos duros. Hasta los clérigos deberían

protegerse. Nunca se sabe dónde está el enemigo.

La lucha de frases mordaces dio por terminada cuando el duque de Torfil anunció que se suspendía la reunión. Su presencia era requerida por el rey. Le agradeció a todos por su tiempo mientras su mayordomo los acompañaba a la salida.